

MARCO DE REFERENCIA ACTUAL SOBRE LA PROBLEMÁTICA DE LA INCULTURACIÓN

*Mons. Antonio Do Carmo Cheuiche
Obispo Auxiliar de Porto Alegre*

Introducción

Aunque la cultura como problema vital de autorrealización de la persona humana y a la vez el proceso de inculturación, en el sentido antropológico del término, sean tan antiguos como la humanidad, con todo, la reflexión sobre ambos conceptos, la elaboración sistemática del tema y del problema de la cultura y del proceso de inculturación, solamente aparecen en los tiempos modernos. En efecto, el acto cultural original que señala el punto de partida de la historia de la humanidad en la búsqueda de su realización plena, acontece en el momento en que el hombre, urgido por la necesidad de sobrevivir, fue capaz de articular una primera respuesta a los desafíos de su propia naturaleza física y del mundo a su entorno, dando así comienzo al proceso social y dinámico que ya cuenta con milenios de historia y que se encuentra actualmente con su más acelerada fase de evolución. Al contrario del animal, en cuya naturaleza la reacción a los estímulos se encuentra previamente programada y se manifiesta de forma estática y repetitiva, en el hombre, al contrario, dada su naturaleza racional, su capacidad de conocer la realidad como repertorio de posibilidades, entre el estímulo y la reacción se interpone la libertad racional o la razón libre, que hace que el estímulo se transforme en desafío y la reacción aparezca como respuesta.

En el acto cultural fundante de la historia de la humanidad requiere necesariamente el proceso que los teóricos contemporáneos de la antropología cultural denominan de proceso de "enculturación". El carácter social e histórico de la cultura, considerada como producto y obra del ser cultural que es el hombre, posibilitan la transmisión, la recepción y la reinterpretación de las categorías mentales, de las pautas de comportamiento, de las expresiones culturales, de las estructuras de convivencia social, de las técnicas conquistadas por un grupo cultural.

Es aquí, precisamente, donde se ubica el sentido del proceso de “inculturación”. Ligado etimológica y semánticamente a la palabra cultura, el concepto de “inculturación” que aparece en el contexto de la antropología cultural, se refiere al proceso de transmisión, recepción y reinterpretación de una cultura, tal como acontece en la relación que va de padres a hijos y pasa de una generación a otra.

Nuestra reflexión sobre la actual problemática de la inculturación y su actual marco de referencia se orienta en la perspectiva de la inculturación del mensaje salvador de Cristo como proceso ineludible de la Evangelización de la Cultura, teniendo en cuenta que el neologismo eclesial de “inculturación” tiene su origen en el campo de la antropología cultural, y al cual se procura hoy imprimir una significación teológica.

1. Marco histórico de la problemática de la inculturación

El problema de la inculturación, en el sentido de proceso de transmisión, incorporación y reinterpretación de un determinado módulo cultural, emerge hoy no sin preocupación y temores. La tradicional y pacífica transmisión e incorporación, con su consiguiente y dinámica reinterpretación del estilo común de vida de un pueblo, funcionó normalmente durante siglos y milenios, en las llamadas sociedades cerradas o monolíticas, hoy totalmente abiertas.

Hasta hace poco tiempo la familia patriarcal con su amplia red de control social aseguraba la herencia de una generación a otra, el tránsito de los modos de ser, de pensar y de obrar de una colectividad, a sus nuevos miembros. En esa atmósfera cultural cerrada, las nuevas generaciones se aclimataban con facilidad a las ideas y a los valores, a los ritos y tradiciones que formaban el patrimonio cultural del grupo, cuya validez no se cuestionaba, pues se inspiraban en las costumbres y hechos de los “antepasados” o se arraigaban en sus creencias religiosas. Hacían parte del consenso general. De esta forma el núcleo fundamental de una cultura, el “ethos cultural”, las profundas convicciones sobre el sentido de la vida y de la muerte del amor, del sufrimiento, del trabajo, de la religión, de Dios, eran legados y heredados, en la relación de padres a hijos y en la sucesión de una generación a otra. Diríase que, con pocas variantes, una única generación cultural se prolongaba a través de muchas generaciones físicas y cronológicas. Hoy el espacio que separa una generación cultural de otra tiende a acortarse cada vez más. Hay quien afirma que actualmente, dentro de la misma familia, dos hermanos cuya di-

ferencia de edad es de diez años, ya pasan a formar parte de dos generaciones, que no es otra cosa sino la prueba concreta de que el tradicional modelo de inculturación se desestructura rápidamente. En la sociedad moderna, abierta y pluralista, entre la transmisión y la incorporación del legado cultural, de la tabla de valores y de las pautas de comportamiento, se interpone al abanico abierto de los más variados proyectos alternativos de vida, la nueva mentalidad más prospectiva que retrospectiva, una sensibilidad marcada por el progreso tecnológico.

Para esta crisis de lo tradicional y casi mecánico proceso de inculturación, contribuyen de forma decisiva, las rápidas y profundas transformaciones por las que pasa la sociedad contemporánea. “Provocadas —afirma el Vaticano II— por la inteligencia y la actividad creadora del hombre, reinciden sobre el mismo hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y de obrar, tanto con relación a las cosas como a las personas. De tal manera que podemos hablar de una verdadera transformación social y cultural”¹. Si, en consecuencia de la actual transformación cultural, asistimos a una permanente confrontación de culturas, constatamos también, tal vez a causa de ello, un gran movimiento de defensa de la identidad cultural, de retorno a las raíces de la propia cultura. Tanto en uno como en otro caso, contribuyeron a llamar la atención sobre el problema de la inculturación.

La emergencia del valor de la identidad cultural propia, tal como se viene procesando en los últimos años, tuvo su origen en el acontecimiento de la descolonización política del mundo, poco después de la Segunda Guerra Mundial. Al acontecimiento político de la descolonización de Africa se siguió un vigoroso movimiento de liberación cultural que poco a poco comenzó a tomar dimensiones universales. Este movimiento de liberación de la dependencia cultural contribuyó a reubicar el problema de la cultura y de las culturas concretas y afirmó el valor de cada cultura y la necesidad de vincular todo el proyecto cultural con la memoria ancestral que lo fecunda. Fue como el golpe de gracia contra el antiguo mito de la cultura occidental como cultura perfecta, paradigma de las demás culturas y único criterio para juzgarlas.

Coincidiendo con el final de la Primera Guerra, había comenzado a hablarse de la conciencia de la crisis de la cultura occidental. De Rathenau a Jaspers, pasando por la conocida obra de Spengler, “La Decaden-

1. “Gaudium et Spes”, n. 5.

cia de Occidente”, el problema era analizado y localizado dentro de los límites de la cultura europea, cuyo diagnóstico hacía prever o una inmediata agonía, resultado del agotamiento de la “idea energía” que durante tantos siglos le diera fuerza y vigor, como sentenciaba Spengler, o un desenlace fatal de la lucha sin gloria entre poesía y geometría, ética y técnica, alma y espíritu, según el análisis de Klages. La idea de la decadencia de la cultura occidental, que atraía al pensamiento europeo por más de una década, aparecía finalmente superada cuando bajo el comando rector de la misma historia entró en la actual fase de avance científico y progreso tecnológico. Fue precisamente en este momento histórico de euforia de la cultura occidental cuando se cuestionaron sus pretensiones de validez universal, como su más alto estadio en el proceso de autorrealización de la humanidad y, por lo tanto, modelo de todas las culturas y medida para juzgar el valor de cada una de ellas. Hasta entonces, aculturarse al modelo occidental, asumir sus valores y expresiones como único camino de acceso al desarrollo de los pueblos, no era sólo convicción de los grandes centros de la cultura, sino también de no pocas regiones de la periferia. En nombre de la cultura universal modelo, se cometen entonces verdaderas y hasta violentas agresiones culturales. El movimiento de liberación de la dependencia cultural, y con él el descubrimiento del valor de cada cultura y de la necesidad de retomar sus raíces, contribuyó a que emergiese el actual problema de la transmisión, recepción y reinterpretación del patrimonio cultural de un pueblo. Justamente con él surgió también el problema de la comunicación, transmisión, recepción y reinterpretación o re-expresión en las relaciones entre fe y cultura.

2. De la Evangelización de la Cultura a la Inculturación del Evangelio

En este marco histórico de reivindicación del valor de cada cultura y de anhelo de liberación de la dependencia cultural, se sitúa el Vaticano II. El Concilio, al tratar de las relaciones entre Iglesia y mundo, tuvo que enfrentar también el problema del encuentro entre la fe y las culturas. Afirma entonces, que la cultura radica en la naturaleza racional y libre del hombre, cuyo carácter social e histórico hacen de ella un proceso dinámico a través del cual el hombre anda en busca de la humanidad plena². Además de reconocer la justa autonomía de la cultura³, el Concilio reconoce y afirma el pluralismo cultural⁴.

2. “Gaudium et Spes”, n. 53.

3. “Gaudium et Spes”, n. 55.

4. “Gaudium et Spes”, n. 53.

Al reconocer el pluralismo cultural y al afirmar la destinación del mensaje evangélico a todas las culturas, de acuerdo con el envío del Señor y la lección de Pentecostés, sin identificarse, con todo, con ninguna de ellas, la Iglesia se coloca frente a nuevos problemas en su misión fundamental, a los cuales es necesario dar nuevas respuestas. Los nuevos problemas originados del reconocimiento del pluralismo cultural pueden resumirse en dos: la Inculturación del Evangelio y la Evangelización de la Cultura.

Se trata del problema de cómo evangelizar las culturas, sin distorsionar la verdad radical e integral del Evangelio ni traicionar las culturas, espacio histórico donde el cristiano tiene que vivir su fe. Pablo VI, sacando las últimas consecuencias de los principios afirmados por "Gaudium et Spes", dice que evangelizar consiste en evangelizar las culturas, hacer que la fuerza de la Palabra de Dios penetre la vida personal y social de los hombres, rectificando lo que en las líneas del pensamiento, en los valores dominantes, en los criterios de juicio, en los modelos de vida, se opone al Evangelio⁵. Sin embargo, al señalar el problema central del encuentro entre la fe y las culturas, el camino de acceso del mensaje del Señor hasta el corazón de las culturas, el núcleo fundamental, el "ethos" cultural, el Pontífice repite el término ya empleado por el Concilio e introduce la palabra "asimilación" en el sentido de empleo del lenguaje propio de cada cultura⁶.

Aunque profundamente preocupado con el problema del encuentro de la fe con las culturas, Pablo VI, como el propio Concilio, jamás usó el término inculturación. Al mismo tiempo se muestra preocupado con el drama de la ruptura entre la fe y las culturas, en el mismo sentido en que Dawson había escrito, algunos años antes, que "la ruptura entre orden espiritual y orden racional es el mayor problema que enfrenta el mundo moderno". Y añade el pensador inglés que la separación entre religión y cultura constituye el error más grande del pensamiento occidental en los dos últimos siglos⁷.

A la par de la necesidad de inculturar el Evangelio y la Iglesia en las nuevas culturas que se abren al anuncio del mensaje salvador de Cristo, la situación de ruptura entre cultura y fe en los países teóricamente cris-

5. "Evangelii Nuntiandi", n. 20.

6. "Evangelii Nuntiandi", n. 63.

7. "Religione e Cristianesimo nella Storia della Civiltà", Roma. Pauline, 1984, pg. 152.

tianos y el consiguiente fenómeno de “culturización” del Cristianismo, es decir, el vaciamiento de todo contenido y sentido religioso de las celebraciones cristianas, viene despertando la conciencia de la Iglesia a la necesidad de una “re-inculturación” de la fe. A ella se orienta la “Nueva Evangelización” propuesta por Juan Pablo II, nueva en sus métodos, nueva en su ardor, nueva en sus expresiones⁸.

Señalaba el actual Pontífice que “aunque la preocupación por la evangelización de las culturas no es nueva, presenta problemas que tienen carácter de novedad en un mundo marcado por el pluralismo, por el choque de las ideologías y por los profundos cambios de mentalidades⁹.”

3. Del concepto antropológico al concepto teológico de inculturación

El término “inculturación” aparece como un neologismo introducido hace poco más de una década en el lenguaje oficial de la Iglesia. Lo que realmente sorprende es que ni el Concilio Vaticano II, tan preocupado por el problema del encuentro entre fe y cultura, ni el documento de Puebla, donde el capítulo sobre la Evangelización de la Cultura representaba hasta el momento la más lograda reflexión y colocación de la problemática formulada por “*Evangelii Nuntiandi*”, emplean la palabra “inculturación” ni manejan siquiera el concepto de inculturación tal como lo entendemos hoy. Aunque nunca lo haya empleado, Pablo VI se refiere, con todo, repetidas veces a su sentido. En su viaje a la India, en pleno período conciliar, habla de la “adaptación activa” de la Iglesia al medio cultural como necesidad insoslayable, y en Taipei afirma que la Iglesia debe “encarnarse en cualquier clima cultural o raza... dondequiera que se encuentre debe hundir sus raíces en el suelo espiritual y cultural del lugar”. Durante el Sínodo de 1974, en el momento en que se gestaba a la luz de “*Gaudium et Spes*” la nueva expresión de “Evangelización de la cultura”, tal como iba a quedar consignada en “*Evangelii Nuntiandi*”, los obispos africanos se declararon contrarios al empleo del término “adaptación” usado por el Concilio al tratar del encuentro entre fe y cultura, por no traducir, decían ellos, el misterio de la Encarnación y, al contrario, por sugerir apenas la idea de transplante. De otra parte, el término “indigenización” sugerido por los prelados africanos, no tuvo naturalmente éxito dado su sabor local y su sentido

8. Discurso en Santo Domingo, 1984.

9. Discurso a los miembros del Pontificio Consejo para la Cultura, 15 de enero de 1985.

parcial. El Papa mantuvo el término “adaptación” usado por el Concilio, en el documento post-sinodal sobre Evangelización en el mundo contemporáneo, a pesar de incursionar en muchos pasajes del texto por regiones del verdadero proceso de inculturación, tal como igualmente lo había hecho “Gaudium et Spes” al referirse a las verdades de lo alto que “fecundan como desde dentro las culturas”¹⁰.

El problema del proceso que debe mediar el encuentro entre la fe y las culturas vuelve nuevamente a surgir en el Sínodo de 1977, que se ocupa del tema de la Catequesis. Al abordarse el problema del anuncio del mensaje de Cristo a las culturas, fue cuando, en plena aula sinodal, después de referirse a la inadecuación de los tradicionales textos de catequesis, a las nuevas culturas, de las cuales se encuentran a su vez marginados, el arzobispo de Manila, Cardenal Sin, exclamó: “Esto está muy lejos del Vaticano II y del proceso de la Inculturación por él promovido”. Dos años después, Juan Pablo II introducía el nuevo término en el texto de “Catechesi Tradendae”: “El término aculturación o inculturación, declaraba el Pontífice, por el hecho de ser un neologismo, expresa muy bien uno de los componentes del gran misterio de la Encarnación”¹¹. Primer Papa en emplear el neologismo “inculturación”, Juan Pablo II, viene haciendo de él no sólo el *Leitmotiv* de su predicación apostólica por el mundo, sino también la referencia indeclinable en el discurso anual que dirige a los miembros del Pontificio Consejo para la Cultura.

La frase clave en Juan Pablo II, tal como aparece en “Catechesi Tradendae”, sugiere dos cuestiones importantes: primera, cuál es el sentido de la disyuntiva expresada por el Papa al hablar de “aculturación o inculturación”, ya que al parecer ambos conceptos guardarían el mismo grado de significación analógica en relación al misterio de la Encarnación. ¿Se trata de términos sinónimos, o de dos conceptos que se excluyen o, quizás, se complementan? ¿Cuál es el sentido último que se debe dar, en el caso, al término “neologismo” empleado por Juan Pablo II?

En relación a la primera cuestión, las posteriores manifestaciones del Santo Padre en relación al problema del proceso propio y adecuado de la Evangelización de la Cultura, hay que decir que en el documento

10. “Gaudium et Spes”, n. 58.

11. “Catechesi Tradendae”, n. 9.

post-sinodal sobre la catequesis, el término “aculturación” aparece por primera y última vez ligado al término “inculturación”. A partir de entonces solo empleará el término “inculturación”. Y no podría ser de otra manera; no se trata de términos sinónimos, pues cada uno tiene su sentido propio, claro y preciso, que no admite confusión. Tal vez el equívoco inicial haya estado en el hecho de que algunos pastoralistas, después del Concilio, pensaron que la “aculturación” sería el proceso a marcar el punto de encuentro entre la fe y las culturas. Como anota el Padre Hervé Carrier, algunos continúan todavía empleando el término “aculturación” en el sentido de “inculturación”.

Conviene recordar, a fin de evitar confusión, que la palabra “aculturación”, fue empleada inicialmente por antropólogos norteamericanos, a fines del siglo pasado, generalizándose luego su uso en el lenguaje de las ciencias antropológico-culturales. Portadora, al comienzo, de un vago sentido del fenómeno de intercomunicación cultural, el sentido del término “aculturación” ofrece, a partir de 1936, un contenido claro y preciso. En aquel año, solicitado por un importante instituto americano de investigaciones antropológicas, un grupo de expertos bajo la dirección de Robert Redfield publicó un estudio sobre el concepto de “aculturación”, que a partir de entonces se impone cada vez más: la palabra “aculturación”, es el término que designa “los fenómenos resultantes del contacto permanente entre dos grupos sociales, las consecuencias que se siguen para los modelos culturales de cada uno de ellos” (Redfield). Se trata, en el encuentro de dos culturas, del posible intercambio que puede darse de elementos culturales propios de cada una, con mayor o menor grado; de la absorción de una por la otra, o de la síntesis de ambas.

A la luz de la definición actual de “aculturación”, este término no puede ser empleado para designar el proceso del encuentro entre la fe y las culturas. No se trata en este caso del contacto entre dos módulos culturales sino del encuentro del mensaje “transcultural” del Evangelio, de la salvación religiosa, iniciativa de Dios, que se revela en la Persona de Cristo, en orden a la realización plena y última de la humanidad dentro de una cultura, como proceso de auto-realización del hombre. Para designar ese tipo *sui generis* del encuentro entre religión y cultura que sólo la fe cristiana postula, se imponía otro término, y este no es otro que la palabra “inculturación”, ya consagrada por el actual Pontífice y reafirmada por el Sínodo Extraordinario de Obispos de 1985.

Al contrario de lo que podría parecer, la cuestión puesta por la disyuntiva que emplea Juan Pablo II en el documento sobre la catequesis no aparece totalmente solucionada. ¿Sería el término y el concepto de “inculturación” necesario y suficiente para designar la modalidad adecuada que caracteriza el encuentro entre el mensaje del Evangelio y las culturas? ¿Agotaría él la cuestión? ¿Se podría reducir entonces el problema de la encarnación de la fe cristiana en las culturas concretas? Pienso no ser suficiente el concepto de inculturación para abarcar el complejo proceso de inserción, de encarnación del mensaje salvador de Cristo, confiado a la Iglesia para ser anuncio a todas las gentes de todas naciones y siglos. En este caso, como veremos más tarde, no se puede excluir la función complementaria de la “aculturación”. Al tratar de los criterios que deben regir el proceso de inculturación, aparecerá el criterio de la identidad de la Iglesia, para el cual ya llamaba la atención Pablo VI y sobre el cual Juan Pablo II tanto insiste. Igualmente, al esfuerzo de la encarnación del núcleo central del mensaje, de la verdad del misterio pascual, debe acompañar también la exigencia de inserción en las culturas de la verdad de la Iglesia, de todo el patrimonio histórico eclesial, de la síntesis del Oriente y del Occidente, y de la Patrología, los Concilios, los místicos, de todo lo que configura su identidad.

En cuanto a la segunda cuestión, al “neologismo” de que habla Juan Pablo II, ¿se trata en verdad de un neologismo? ¡Véamoslo! Hoy todavía, cuando se aborda el término “inculturación” es muy común vincularlo, por lo menos en la Iglesia, al término “aculturación”, que aquél generalmente sugiere, y cuyo parentesco es afirmado por algunos autores. Pienso, sin embargo, que ni la palabra ni el concepto de “inculturación” guardan una relación directa con “aculturación”, ni etimológica ni sistemáticamente. No se tiene presente, en general, un tercer término muy común al lenguaje antropológico, del cual derivó directamente la palabra inculturación. Se trata del término “enculturación”. “Enculturación” o “endoculturación” tiene la misma significación en el campo de la antropología cultural que “socialización”. “Enculturación” significa, pues, en lenguaje de la antropología cultural, el proceso de “transmisión y comunicación” a través de códigos, tanto lingüísticos como icónicos, de valores, normas de vida y pautas de comportamiento de un determinado grupo socio-cultural a las nuevas generaciones que surgen; el proceso de incorporación de las nuevas conquistas culturales al conjunto ya existente, sean éstas productos de la propia cultura, de su acción creadora, o provenientes de otras latitudes culturales; finalmente, el término “enculturación” expresa el proceso de “participación” en el respectivo “proyecto cultural”, en torno al cual se aglutinan todos los

miembros de un grupo socio-cultural, a partir de una común "memoria cultural".

En síntesis, a través de la "enculturación", el pasado cultural se hace presente, y modificado, se proyecta hacia el futuro. Se trata del proceso por el cual el individuo recibe, asimila, reinterpreta y asume activamente la cultura en la cual nace o de la cual efectivamente comienza a formar parte. Enfocada desde la cultura, la "enculturación" envuelve un proceso bidimensional, en su esencia, de "transmisión" e "incorporación" cultural¹². Como proceso de comunicación, recepción y reinterpretación cultural, el concepto de "enculturación" ofrece un innegable y enorme parentesco con la "inculturación", en cuanto término y concepto aplicado al proceso de la Evangelización de la Cultura. Dada la gran analogía entre este concepto antropológico cultural y el proceso de encuentro entre la fe y las culturas que, tímidamente al principio, comienza a ser llamado "inculturación" y que acaba por imponerse, se pasa así de un concepto antropológico a uno teológico, de la "enculturación" a la "inculturación".

Pocos años antes del Concilio, preguntaba Romano Guardini si la dificultad práctica del encuentro de la fe con las culturas, patente a lo largo de la historia de la Evangelización, ¿no sería acaso resultado de la forma de pensar, proponer y procurar ese encuentro, "inadecuados a toda prueba para nuestro tiempo?"¹³. Me parece que el proceso de inculturación, difícil pero necesario según dice Juan Pablo II, constituye la forma adecuada de pensar, proponer y procurar la Evangelización de la Cultura a la que se refería el gran pensador católico.

En la perspectiva de la Evangelización de la Cultura, la Inculturación aparece entonces como el proceso pensado, propuesto y aplicado como tal, a través del cual se busca que el mensaje salvador de Cristo penetre en el núcleo fundamental de los valores de un determinado grupo socio-cultural, le dé el último sentido en relación a la significación del mundo y de la existencia humana, a partir del cual la verdad del Señor Jesús se constituye en última instancia del estilo de vida de un pueblo. El esfuerzo de penetración del Evangelio en el corazón de las culturas debe acompañar igualmente el cuidado de que se conserve en cada una

12. Guillermo E. MAGRASSI, María B. MOYA, Alejandro FRIGERIO, *Cultura e Civilización desde América Latina*, Buenos Aires, Búsqueda, 1982, pp. 59 y 60.

13. "Pensamientos sobre la relación entre Cristianismo y Cultura", en: *Cristianismo y Sociedad*. Salamanca. Sígueme, 1982, pag. 129.

de ellas todo aquello que le es propio en términos de valores, expresiones y estructuras de convivencia social que no se oponen a la verdad del Evangelio, a la identidad de la Iglesia y a la unidad del Pueblo de Dios dentro de la variedad de las culturas.

El sujeto de la inculturación es siempre el hombre, la persona humana, el individuo, al cual se destina en primera instancia el anuncio del Evangelio; pero que tiene una dimensión o modalidad cultural. De manera que al inculturarse la fe en el ámbito de la conciencia personal, comienza a impregnar el universo de la existencia social. Por su analogía con el concepto antropológico-cultural de "enculturación", la Inculturación aparece como un proceso de mutuas relaciones, supone siempre reciprocidad entre Evangelio y cultura. Se podría así describirla como recíproca apropiación entre Evangelio y culturas. Apropiación por parte de la Iglesia, de los elementos culturales de un determinado grupo social; apropiación por parte de la cultura del sentido último de la realidad, de los valores fundamentales del Evangelio, con lo cual una cultura pasa a reorientar su ruta en la búsqueda dinámica de la realización de la humanidad plena.

En las relaciones entre religión y cultura como problema universal de todas las religiones y de todas las culturas, el cristianismo introduce un dato absolutamente nuevo. Este dato absolutamente nuevo es la Persona de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre que irrumpe en la historia de la humanidad, se incultura en un determinado grupo social, realiza la salvación de los hombres en términos que constituyen escándalo y locura para las culturas, funda el Nuevo Pueblo de Dios y lo envía a todas las gentes, a fin de asegurar su presencia misteriosa pero eficazmente salvadora, en el espacio de todas las culturas y a través de todos los tiempos. El Cristianismo no es, pues, ningún sistema filosófico ni doctrina moral alguna. Es la persona de Cristo, lo que El es, dice, hace y manda hacer. A la luz del misterio de la Encarnación, la "inculturación" como proceso de Evangelización de la Cultura, trascendiendo la analogía con el concepto antropológico de "enculturación", aparece en toda su significación teológica, que es de prolongar en la conciencia de los individuos y en la existencia de las culturas la encarnación de Cristo. Para que eso pueda acontecer, se requiere que el "anuncio" se haga de acuerdo con las categorías mentales de la cultura a la cual se propone el mensaje cristiano; que la "asimilación" se procese, según la índole propia de esa cultura y que la "re-expresión" de la verdad asimilada se traduzca de acuerdo con su lenguaje propio.

No es fácil acuñar una definición precisa del complejo proceso de "Inculturación". Una vez identificada entre sus elementos fundamentales la relación de reciprocidad que la "de-fine", se hace más fácil espigar aquí y allá en el campo del magisterio de Juan Pablo II algunos intentos de definición del proceso de Inculturación. Así en la Encíclica "Slavorum Apostoli" sobre San Cirilo y San Metodio, afirma que "la inculturación es la Encarnación del Evangelio en las culturas autóctonas y, al mismo tiempo, la introducción de esas culturas en la vida de la Iglesia". En Kinshasa y en Uganda, la define como "la forma concreta de alianza entre Dios y los hombres, en este lugar y en este tiempo"¹⁴. En síntesis, por el misterio de la Encarnación, la salvación de Cristo se incultura en la historia de los hombres para que las culturas puedan ser caminos de salvación, en el sentido de la realización de la humanidad plena en Cristo.

Como observa el Cardenal Poupard, "sólo la analogía con la Encarnación del Verbo no es suficiente para expresar la inculturación; es necesario enfocarla en su totalidad: la Encarnación, la Pasión, la Muerte y la Resurrección, con la consiguiente conversión que la fe exige"¹⁵. Desarrollando lo que Poupard sugiere, podríamos señalar que a semejanza del Hijo de Dios hecho hombre, el mensaje del Evangelio tiene que encarnarse en las culturas, fecundarlas desde dentro, y asumir sus valores, expresiones y estructuras de convivencia; a ejemplo de Cristo Crucificado, la fe cristiana debe hacerse instancia crítica, actitud valiente ante los desvalores de la cultura contemporánea, sin abdicar de la utopía propuesta por el Señor; como Cristo resucitado, debe luchar para "purificar y elevar" las culturas.

4.. La inculturación en la praxis evangelizadora de la Iglesia

Por tratarse del anuncio de un mensaje de salvación religioso, de fundamento y origen transcultural, el Evangelio se destina a todas las culturas. Ya en los preludios de su historia, la salvación de Cristo es anunciada en la capital del imperio, en el ámbito de la romanidad y en los países bárbaros. Más tarde, los pensadores cristianos se muestran preocupados con el encuentro entre la fe y la cultura del tiempo, aunque no siempre coinciden en su juicio de valor en relación a ella. En la

14. Discursos a los religiosos y religiosas, en Kinshasa, y en Uganda, en agosto de 1985.

15. *Diccionario de las religiones*, serie "Cultura y Cristianismo", Barcelona, Herder, 1988, pag. 385.

historia de la Evangelización, a la preocupación por la encarnación de la fe en el ámbito de los espíritus, en el interior de las almas, sigue más tarde el esfuerzo por inculturarla en todos sus elementos. De esta forma la inculturación de los individuos precede a la inculturación de los grupos y, por extensión, de las instituciones.

Tertuliano afirma, en los albores del siglo tercero: "Ayer nacimos y hoy llenamos el imperio, las ciudades, las villas, las aldeas, los reales, las tribus, las decurias, el palacio, el Senado, el Forum. Solamente dejamos vacíos los templos para vosotros"¹⁶. Esta inculturación individual del Evangelio, la fidelidad del cristiano al Señor en medio de la cultura pagana, aparece con detalles en uno de los más antiguos documentos de la Iglesia primitiva: el conocido "Discurso a Diogreto".

La necesidad de encarnación de la fe cristiana en las diferentes culturas, que comienza en el ámbito de la conciencia personal para extenderse después a la existencia social y a las instituciones, señala un derrotero pleno de vicisitudes, compuesto de avances y retrocesos hasta llegar al concepto de inculturación como proceso de evangelización de las culturas. Elocuentes ejemplos de inculturación en el camino del encuentro de la fe con las culturas es la preocupación de San Agustín por verter lo más esencial del Evangelio a categorías mentales del pensamiento greco-romano. Diferentes ritos litúrgicos fueron surgiendo lo mismo que formas expresivas de arte sacro cristiano. No faltaron, al mismo tiempo, ejemplos de imposición de formas oriundas de otras latitudes culturales, con las cuales se pensaba estar indisolublemente ligado el mensaje de Cristo. Esto va a acontecer casi sistemáticamente a partir del momento en que comienza a imperar la idea de que la cultura occidental representaba la más cabal expresión del proceso de autorrealización de la humanidad, al cual deberían conformarse los demás estilos comunes de vida. Esta idea, apoyada por indeclinables intereses políticos pero también por convicciones sinceras, se configura al tiempo de los grandes descubrimientos, de la expansión colonial de Europa y del movimiento misionero moderno. Además de paralizar en el tiempo culturas de grandes valores y de interponerse así a su evolución dinámica, esta forma impositiva de transculturación, que era vista como casi condición para ser cristiano, impidió el avance del proceso de inculturación del Evangelio en su encuentro con las nuevas culturas.

16. *Apologética contra los gentiles*, Cap. XXXVII. Col. Crisol, Ed. Aguilar, Madrid, 1962, pag. 320.

Este último aspecto, con todas sus consecuencias, constituye el blanco de críticas, no siempre objetivas y equilibradas, a la evangelización fundante de América Latina, Asia y África, equiparando la acción de los misioneros a las actividades de comerciantes y conquistadores. Juan Pablo II, en su viaje al Canadá en 1984, hablando a los indígenas del país, afirmó: "Sean cuales fueren las faltas e imperfecciones perpetradas por los misioneros, los errores que cometieron y los entuertos que de ahí pudieron seguirse, ellos se esfuerzan ahora por repararlos", pues, agrega el Pontífice, "yo condeno también toda la agresión física, cultural y religiosa que os privaría de lo que es legítimamente vuestro".

A lo largo de la historia de la Evangelización se podría decir que son cuatro las modalidades que han configurado el encuentro entre la fe y las culturas. Tiempo hubo en el cual predominaba la idea de "asimilación" como forma a través de la cual el mensaje del Evangelio marcaba su efectivo encuentro con las culturas. El término asimilación no tenía, con todo, el sentido que le da Puebla, es decir, no significaba entonces la absorción, por parte de una cultura, y a partir de su índole propia, de elementos culturales advenedizos (n. 428), sino la adopción de la fe ya inculturada en los países de origen de sus heraldos. Esta acogida de la verdad de Cristo, acompañada de expresiones y estructuras culturales, tuvo como resultado, en no pocos casos, la existencia de dos núcleos religiosos incomunicados, uno privado y otro público u oficial, o, el sincretismo religioso tan característico de América Latina. En la praxis evangelizadora aparece también cierto proceso de "adaptación" que el discurso misionológico moderno destacaba y que llega casi a nuestros días. En este caso el concepto de "adaptación" se revela como una especie de benevolencia de la cultura occidental, de la cual procedía la casi totalidad de los misioneros, para con las culturas evangelizadas. Se adoptaban ciertos elementos de la simbología y arte propios de la nueva cultura, la que se daba cuando era anunciado el Evangelio, sin tomar en cuenta su "ethos" cultural, ni el entorno natural, ni el medio social en que ella nació y creció.

Bajo la inspiración del Vaticano II, se pensó, después del Concilio, que el encuentro entre la fe y las culturas debería ser marcado a través de un proceso de "aculturación". Se trataría, en este caso, de la aproximación entre ambas mediante el diálogo respetuoso, la mutua fecundación y el intercambio de valores. Por tratarse, de hecho, como hemos visto, no del encuentro entre dos culturas, sino del mensaje transcultural del Evangelio con culturas concretas, se descarta en seguida el concepto de aculturación y se opta por el término de "inculturación" en el

sentido de fecundación desde dentro de las culturas por parte de la verdad de Cristo, de modo que el germen y la fuerza de la fe pueda llegar a las raíces del alma cultural de un pueblo.

La Iglesia enfrenta hoy el desafío silencioso de pluralismo cultural, de la adveniente cultura, de la cultura urbana, del secularismo, de las estructuras político-económicas de convivencia social anticristiana, de las culturas autóctonas, y de las "culturas de la muerte". Ante ese universo desafiador a la Inculturación del Evangelio, es conveniente recordar aquella recomendación de la Congregación de Propaganda Fide, con fecha de 1939, destinada a los misioneros de China: "no presentéis ningún argumento para convencer de error a los pueblos, para mudar sus ritos, costumbres y hábitos, a no ser que sean evidentemente contrarios a la religión y a la moral. Qué mayor absurdo que transportar hasta los chinos Francia, España e Italia o cualquier otro país de Europa"¹⁷.

Si hoy, en el umbral de la post-modernidad, lamentamos que la inculturación no se haya dado en el encuentro del Evangelio con las culturas alejadas entonces del occidente cristiano, en el comienzo de la modernidad, ojalá el futuro no nos acuse del mismo error, con relación al desafío del actual pluralismo cultural a la inculturación de la fe y de la Iglesia en América Latina!

17. CARRIER, *Evangile et Cultures*. Paris, Média-Paul, 1987, pag. 43.